

El anuario del Centro de Estudios Clásicos

Bulmaro REYES CORIA

En los archivos del Centro de Estudios Clásicos obra un expediente con el siguiente titulillo: "Originales para el anuario del Centro de Estudios Clásicos". La particularidad de ese lema deja suponer que en él descansan las cuartillas de artículos y reseñas varios; sin embargo, otra es la realidad. En efecto, en ese cartapacio, acompañados incluso de citatorios a los miembros del Consejo Interno del Instituto, que nada tienen que ver con *Nova tellus*, se hallan todavía a la fecha documentos de todos los géneros; por ejemplo, obedeciendo a la etiqueta: el manuscrito fotocopiado del "Carmen epicum in Divini tyronis honorem", solicitado a la traductora para introducir en la edición algunas enmiendas necesarias, y los originales del "Lexicon anatomicum Homericum", de cuya presencia ahí ignoro la causa (por fortuna su edición sobrevive, sin reclamos, en el número 1 de la revista); pero también surgen de ahí recuerdos de doradas épocas, como las relaciones de articulistas y reseñistas, que muestran el precio de cada cual: 5,000 pesos, el artículo; 2,500, el documento, y 1,250, la reseña (*o tempora o mores!*, habría exclamado Cicerón); el último de estos preciosos documentos está fechado el 3 de diciembre de 1987, cuando se dio por terminada tan sana costumbre. Queda también constancia de tímidos dictámenes que rechazaban alguna colaboración, y hacinadas entre tantas hojas habitan las "Especificaciones tipográficas", y pulcramente elaboradas por aquel primer secretario de redacción las páginas iniciales, que servirían de modelo para los futuros números. Ahí se

encuentra copia al carbón de una nota biográfica acerca de Benjamín Fernández Valenzuela, escrita por Ernesto de la Torre Villar con dolorida pluma, para el número 4. Esperan en ese fólder también “letras de cambio”, en que consta que la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México paga la cantidad de 140,000 pesos por concepto de suscripción por cuatro años a partir de 1991 (me pregunto si ya se empezó a cumplir con este compromiso), y correspondencia varia con el director, con temas que van desde las más sinceras gracias por tal invitación a colaborar en la revista o permitir tal publicación, hasta los más acervos reclamos por tal o cual agravio.

Para el 29 de agosto de 1983, *Nova tellus* recibía una reprimenda por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pues habían detectado, según sus propias palabras, “falta de información acerca de la publicación *Nova tellus*”, que, téngase bien presente, aún no nacía. En respuesta, sobre machote del CONACYT mismo, el Centro de Estudios Clásicos confesó que: a) realmente el título era *Nova tellus*; b) el inicio de publicación, 1981; c) el periodo de interrupción de la publicación, 1982; d) la periodicidad, anual; e) el género, periódica; f) el idioma del título original, latín; g) la institución editora, el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas; h) el domicilio, la Torre II de Humanidades, 10º piso, Ciudad Universitaria, CP 04510; i) el teléfono, 548-79-01, aquel que todos ya habíamos memorizado; j) nombre del editor responsable, Germán Viveros, y k) esta promesa: “dentro de aproximadamente 15 días podremos enviar un ejemplar”. Algunos de estos incisos merecen una amplificación.

A propósito del título, el maestro Heredia, presentando el número 3 de *Nova tellus* coincidentemente el 3 de diciembre de 1986, al amparo de alguna feria universitaria de libros, decía que “podría pensarse que a un centro de estudios clásicos correspondería con mayor congruencia una publicación que se llamara *Mundus antiquus* o *Terra antiqua*, y que el título *Nova tellus* sería muy apropiado para la revista de un centro de estudios novohispanos o mexica-

nos. Pero en esa aparente discordancia está el secreto del Centro y de la revista: el mundo clásico nos interesa como una de nuestras raíces; su estudio nos asegura un mejor conocimiento de la formación de nuestra cultura. La fórmula *Nova tellus* arguye que comprobamos nuestra filiación". Como acto de justicia y homenaje, debe recordarse que el nombre fue elegido por Ignacio Osorio, cuya presencia, asesoría, orientación y colaboración constantes nos arrebató, apenas en 1991, el inapelable destino.

Desde luego, el inicio de la publicación no ocurrió en 1981. En aquel mismo tianguis libreril a que antes aludí, nuestro orador, y fuente viva, el maestro Heredia, refería a 1979 las primeras discusiones acerca del proyecto de esta revista, que ahora es un hecho. Las cuartillas, inéditas, de aquella oración, que también reposan en el expediente susodicho, dicen a la letra: "Desconocíamos el tamaño del compromiso que nos habíamos echado a costas. El primer número no pudo organizarse a tiempo; y decidimos que correspondería a 1982; después, a consecuencia de los diversos incidentes que suelen padecer los libros en el proceso de impresión, por propia iniciativa el impresor estampó en la carátula: 1983. Tuvimos que acatar su decisión: estábamos ya en octubre de ese año. Para entonces, ya teníamos preparado el número 2. Solicitamos que se cambiara de imprenta. Creíamos ingenuamente que en el número 1 se habían agotado las desgracias con que nos perseguía el mal hado. [Pero] la historia de la impresión del segundo anuario supera cuanto la imaginación más desenfrenada y siniestra puede inventar: baste decir que la imprenta que la tomó a su cargo carecía de matrices griegas. Acentos, espíritus, iotas suscritas fueron fijados en las planas mediante finísima labor manual de recorte y pegado. Cada vez que se revisaban las pruebas de imprenta, aparecían dispersas por el escritorio y por el piso, como menudísimo confetti, las partículas de papel portadoras de estos signos ortográficos [aquel escritorio era el mío, pues yo era el revisor]. Un artículo de crítica textual sobre el *Fedro* de Platón —principal culpable de tantas desventuras— tuvo que ser retirado vio-

lentamente y condenado a formar parte del anuario siguiente". Confieso que quien ejerció aquella violencia fui yo, y también quien dictó la condena.

Nunca se ha interrumpido la publicación. Aquella afirmación ante el CONACYT se debió, quizás, a la certeza de que el número 1 sería editado con la fecha impresa de 1981, y en los plazos previstos, pero los "aproximadamente quince días" de la promesa de entrega de ejemplares se convirtieron en, también aproximadamente, quince meses.

Sea como haya sido, lo cierto es que por aquellos años el Centro de Estudios Clásicos, bajo la dirección del doctor Germán Viveros, emprendió la tarea de editar una revista que fuera no sólo órgano difusor de sus investigaciones, sino también instrumento de comunicación con otros centros análogos al nuestro, con intereses semejantes, con investigaciones semejantes. Y nos consta que esta empresa hoy es digna de aplauso.

En la práctica, y así se hace saber desde el número 1 en la segunda de forros, *Noua tellus* recoge artículos, ensayos, documentos, reseñas y noticias referentes tanto a la filología clásica griega y romana como a su influencia en la literatura. De ahí, que contenga títulos como: "Dios en la moral de Séneca", "La influencia de Platón y Aristóteles en la axiomática euclideana", o "Tres joyas bibliográficas para la enseñanza del latín en el siglo XVI novohispano", o reseñas de libros, como: "CORBETT, Edward, *Classical Rhetoric for the Modern Student*", o "ABAD, Diego José, *Poema heroico*, introducción, versión y aparato crítico de Benjamín Fernández Valenzuela".

La calificación de las colaboraciones era responsabilidad del director: Germán Viveros Maldonado, y del consejo editorial: Rubén Bonifaz Nuño, Henrique González Casanova, Roberto Heredia Correa, Ignacio Osorio Romero, José Pascual Buxó. Pero la toma de decisiones para la selección de los materiales no siempre fue fácil, y, sin duda, alguna vez pudo rechazarse algún trabajo con razones académicas, pero sin razonamientos fundados en cierta formalidad. De ahí que, pasados los años y modificado el comité editorial

en varias ocasiones, surgiera la necesidad de un reglamento que definiera el objetivo, la estructura y los criterios de edición. Para llenar esta carencia, el comité editorial renovado (compuesto por el director: Mauricio Beuchot Puente; el consejo editorial: Elizabeth Luna Traill, Rubén Bonifaz Nuño, Enrique González Casanova, Germán Viveros Maldonado, Pedro Tapia Zúñiga, Amparo Gaos Schmidt, Roberto Heredia Correa, y, al no haber más voluntarios, el mismo secretario de redacción), repito, el comité editorial ordenó al suscrito elaborar una *Guía para colaboradores de NOVA TELLVS*, la cual fue analizada, discutida y aprobada por el colegio de investigadores del CEC, y en “unos días” se dará a conocer en el número 9 (1991), el cual número, merced a la aparición de la nueva tecnología de la cibernética en nuestro Instituto, por los días de agosto de 1992, aún está en prensa, en lectura de primerísimas pruebas. Permítaseme este desahogo: si se hubiera hecho en el tradicional *linotipo*, la revista ya estaría en manos de los lectores. (Desafortunadamente, el maestro Heredia aún no escribe las vicisitudes de aquella desventura electrónica, con que podría recrear nuestras orejas. ¡Lo que nos diría!).

La historia de esas primerísimas pruebas del número 9 no había cambiado significativamente hasta el 23 de septiembre de 1993, fecha en que el comité editorial, obligado por las circunstancias del creciente retraso debido a la pobreza de nuestro *software*, tomó esta decisión: juntar dos números, el 9 y el 10, para enmendar de alguna manera tantos contratiempos.

La relación de los acontecimientos que ha vivido *Nova tellus*, parecería incompleta, si pasara en silencio los nombres de sus colaboradores, pero, por una parte, mencionarlos a todos ocuparía un espacio bastante grande, aunque lo cual daría una idea de las dimensiones que ha alcanzado la revista, y, por otra, elegir de entre ellos a los que han ofrecido artículos de alguna manera destacados, sería injusto, simplemente por lo subjetivo de la selección. No obstante, esta historia no quedará incompleta en este renglón, ya que en el número 9-10 se publicará un “Índice general 1983-

1992”, que contendrá índices de articulistas, de artículos, de autores de reseñas y de autores reseñados, donde se podrá apreciar más objetivamente el amplísimo círculo de heleenistas y latinistas que han cultivado sus páginas, ya que desde el principio el anuario contó con el apoyo y simpatía de profesores tanto de la nuestra como de otras universidades.

A pesar de todo, quiero poner de relieve el nombre de un gran humanista, cuya dedicación está manifiesta desde el número 1 hasta el 8. Su primera colaboración, “Sic vos non vobis”, consistió en la valentía de denunciar el plagio que se publicara en *Emérta* en 1979, acerca de una teoría sobre el tema central de las *Bucólicas* de Virgilio planteada por Rubén Bonifaz Nuño. La segunda, “Doce poemas neolatinos de fines del siglo xvi novohispano”, muestra en su introducción la historia y la importancia del manuscrito 1631 de la Biblioteca Nacional de México, que era, hasta el momento en que suscribía su artículo, “la fuente más rica y copiosa de textos que documentan la historia del neolatín novohispano de fines del siglo xvi”, tanto que de él Alfonso Méndez Plancarte copió la oda castellana *Al glorioso P. Ignacio de Loyola* de Cosme de Flores, publicada en el tomo primero de la antología *Poetas novohispanos* (México, UNAM, 1942), y José Quiñones “el texto de Bernardino de Llanos *Pro patris Antonii de Mendoza adventu in collegio divi Ildephonsi* (México, UNAM, 1975)”. La tercera, “Tres joyas bibliográficas para la enseñanza del latín en el siglo xvi novohispano”, da noticia de cómo los profesores jesuitas procuraron solucionar la carencia de textos y libros que apoyaran la enseñanza, “el principal problema” en su tarea educativa. La cuarta, “Alabanza de Maneiro a Clavigero. Dos testimonios latinos”, presenta, transcritos en su original latino y traducidos al castellano, una carta de Maneiro a Clavigero y el poema *Pro reparata patriae forma carmen*: la carta rinde homenaje al autor de la *Storia antica del Messico*, la obra más importante contra las ofensivas y polémicas de los europeos, y el poema pinta el llanto de la América afligida igualmente por aquellas ofensas. Porque todos lo conocemos, podría pasar en silencio el nombre del hombre que por décadas se empe-

ñó en buscar nuestra cultura creada durante la colonia española, cuyos hallazgos compartió tanto en el salón de clase como en sus muchas publicaciones, algunas de las cuales él, Ignacio Osorio, entregó a *Nova tellus*.

Finalmente cabe hacer notar algunos de los beneficios que con la *Guía para colaboradores* se han obtenido: a) la definición de los documentos abre el campo para las colaboraciones, pues en ella queda supuesta una invitación a publicar trabajos que, por su propia extensión o por la brevedad del estudio introductorio, no alcanzan a formar una publicación individual; b) con la disciplina en las fechas para entregar materiales, tanto a la redacción por parte de los colaboradores como a la imprenta por parte del comité editorial, éste se obliga a velar constantemente por la periodicidad que ostenta el subtítulo de la revista; c) la definición de artículos, documentos, reseñas y noticias facilita la tarea de la dictaminación, y d) la forma en que deben ser presentados los originales alivia el proceso de edición en todas sus etapas, y, lo mejor de todo, libera al secretario de redacción de tareas y atribuciones que no le competen.

Pero he aquí que, a pesar del escarpado camino que le ha tocado andar, hoy por hoy esta revista alcanza su primer decenio, y junto con esta alegría desea también haber cumplido su propósito de servir a los estudiosos de la filología clásica griega y romana, y de su influencia en la posteridad.

